

# Contra el Romanticismo

Víctor Pliego de Andrés

*Hoy empieza todo* (*Ça Commence aujourd'hui*), la última película de **Bertrand Tavernier**, cuenta los apuros que sufre el director de una escuela infantil para cumplir sus obligaciones en un pueblo del norte de Francia fuertemente castigado por el paro. El tema escogido no deja de ser una excusa argumental: la película es ante todo un drama romántico rebotante de emoción. Es obvio en el final feliz, que termina por arruinar las expectativas previamente sembradas y que tranquiliza las zarandeadas conciencias de los espectadores. La realidad escolar que describe este filme, laureado en el Festival de Berlín, está mucho más cerca de nosotros de lo que querríamos reconocer. Y esta realidad es, en muchos casos, más dura y desoladora de lo que aquí se muestra. Pero a **Tavernier**, que es un romántico, le importan los personajes y sus emociones, aunque sus propias convicciones políticas también se reflejan en el trasfondo, como denuncia de la injusticia.

*Cuando vuelvas a mi lado*, de **Gracia Querejeta**, es otra buena película protagonizada magistralmente por **Mercedes Sampietro, Adriana Ozores, Rosa Mariscal, Marta Belaustegui y Julieta Serrano**. Narra con precisión y sutileza las complejas relaciones familiares de tres hermanas, que a lo largo de un viaje, recuerdan su infancia. También en este caso, como en el anterior, la intensidad emocional crece hasta desembocar en un desenlace melodramático e innecesariamente clarificador. Es una historia novelesca y decimonónica, llena de lirismo y contada con un excelente lenguaje cinematográfico. Es cine actual al servicio de una literatura antigua, de exposición, nudo y desenlace. Igual que la de **Bertrand Tavernier**, es una magnífica película. A pesar de su sentimentalismo.

**Novalis** advirtió que las emociones concretas eran algo sucio y enfermizo, pero en las películas, en los libros, en el teatro, en la música, en el arte y en la vida, casi todo el mundo espera descubrir justamente emociones concretas, hilvanadas siguiendo el trazo de una narración. Los sentimientos cuentan mucho más que las razones. Frente al dispar reparto de la riqueza o de la inteligencia, los sentimientos nos igualan. Todos tenemos derecho a sentir con nuestro corazoncito y a opinar de forma parecida, distinta o contraria a los demás; renunciando a la compleja construcción de un lugar de encuentro; en beneficio de una falsa tolerancia que encierra a cada individuo en su burbuja personal.

Los sentimientos se han revalorizado hasta conquistar el gobierno de nuestra existencia. Las corazonadas guían nuestras vidas y las conducen, a menudo, al caos. El matrimonio se ha convertido en una fuente de frustraciones desde que se rige, de forma ciega e insensata, por el impulso amoroso, siguiendo las recomendaciones de canciones tontas y románticas, en contra de la sabia tradición clásica que supo distinguir, desde tiempo inmemorial, entre consortes y amantes («Por esposa no. Sólo por amiga», dijo **Rafael Alberti**). De esto saben bastante algunas monarquías fósiles para las cuales los apareamientos son aún cuestión de supervivencia. La hegemonía de los sentimientos pone en peligro su continuidad histórica más que ninguna otra amenaza. La prensa rosa ofrece un parte semanal de esta secreta e imparabable revolución social.

El hedonismo ha reducido la vida a un estremecimiento de emoción. Hoy importa más el sentir que el ser o que el conocer. Por eso la educación está en crisis. También la política y la justicia y la matemática y el arte: las vanguardias apenas interesan a una sociedad con gustos anclados en el siglo XIX. Los habitantes del bienestar, y nuestros afanosos

imitadores, somos ciudadanos del siglo pasado (que será antepasado, pero no tan pronto como muchos «*han sentido*»). El Romanticismo ampara, bajo su prudente y cómodo relativismo, la lógica de una realidad brutal y selvática. El sentimentalismo nos ayuda a soportarla, pero no a cambiarla.